

Excelencia del Arte de Hablar.

El lenguaje, instrumentopreciado y fundamental en la vida de interrelación humana, ofrece al análisis del investigador una gama interesante de sugestivos aspectos. Arrancando de la afirmación inicial de que es el vehículo natural de expresión de todos los fenómenos de nuestro mundo consciente, podemos encontrar en él facetas tan importantes como las que se ocultan en el fondo de la compleja personalidad humana. Hemos de abordar aquí tan sólo las excelencias del lenguaje hablado estimándolo simultáneamente como forma de expresión personal, como instrumento lógico y estético y como medio fundamental de vinculación societaria.

En primer lugar, aparte de las ya anotadas condiciones esenciales del idioma, podemos señalar las siguientes específicas características que son propias sólo del lenguaje oral: es más importante que el lenguaje escrito desde el punto de vista del orden en la aparición así como desde el ángulo de la utilización práctica por ser el más fácil y expeditivo. Esta nota le asigna un papel relevante en el desenvolvimiento histórico de las sociedades humanas. El progreso de los pueblos habría marchado a un ritmo más lento si no se hubiera contado con un medio de comunicación lo suficientemente rápido y claro. En segundo lugar, salvo el caso de las alocuciones radiales, que traspasan fronteras, se dirige a un número frecuentemente limitado de personas mayormente

pertenecientes a nuestra esfera social. Luego, su efecto tiene una duración restringida y menor que la del lenguaje escrito que puede permanecer ejercitándose por meses y años. Por otro lado, su trascendencia es, por lo general, limitada, y el esfuerzo de concentración mental que requiere se disminuye de manera apreciable por la inmediata complementación que determina de parte de las personas que en su elaboración intervienen.

Si el lenguaje es expresión, no debe constituir sólo un instrumento lógico e intelectual dada la característica complejidad de la persona. En él se manifiestan de manera objetiva y comprobable las tres direcciones psicológicas clásicas que informan nuestra vida individual: el contenido ideológico se dirige a la mente para buscar la convicción; el contenido emocional se proyecta al sentimiento para conmover o determinar simpatía y afecto, y a la carga de energía, de idea-fuerza, se orienta a la voluntad para captarla e incitar a la realización de valores. En la tarea de estimar la importancia integral del idioma y de aportar sugerencias para su mejor utilización en el campo de la vida, ofrecemos algunas oportunas recomendaciones al lector.

Comencemos por regular con dominio el afán de hablar en exceso. Las palabras son siempre expresiones de ideas y éstas, como los ladrillos de una construcción, deben ser utilizadas económicamente y con referencia a un plan previo formulado de una manera integral y serena. No debemos tratar sino de aquello que conocemos pues es grave atreverse a formular apreciaciones que pueden afectar nuestra calidad de personas responsables. Es cierto que hay siempre cuestiones discutibles sobre las cuales procede una investigación porque no ha sido dicha todavía la última palabra sobre ellas; asimismo, que hay problemas que demandan nuestra definición como miembros del amplio conglomerado

social. Pero también es verdad que una de las actitudes más lógicas en el hombre discreto es el de la modestia frente al esclarecimiento de cuestiones que escapan al límite de sus posibilidades personales.

Para expresar lo que sucede dentro de nosotros, necesitamos respirar en ambiente de libertad; y para conseguir que se respete la libertad de expresión a que tenemos inalienable derecho, es preciso que respetemos previamente el similar derecho a la libertad de expresión de los demás. Escuchemos las opiniones ajenas y, si son adversas, procuremos enfrentarlas oponiendo ideas a ideas. Es peligroso y antidemocrático sentar siempre la premisa de que estamos en posesión de la verdad. Eso equivale a adoptar actitudes dogmáticas en desacuerdo con la época, que es de auge de la democracia en la cultura y en la vida. Cuando intercambiemos pensamientos no pensemos simplistamente que el debate tiene un carácter de torneo del que deben salir necesariamente un vencedor y un vencido. En las discusiones las personas constituyen lo adjetivo mientras que la búsqueda de la verdad representa lo esencial. Es difícil que ésta se pueda encontrar íntegramente en el campo de uno de los dos deliberantes; de allí que la mayor satisfacción final debe residir en el hecho de haber aportado una mayor cantidad de material para llegar al descubrimiento de aquello que se quería demostrar. Siendo impersonal todo debate desde el punto de vista del mayor valor de las ideas que se exponen, hay que saber aprovechar las oportunidades psicológicas que, alternativamente, nos recomiendan intervenir o escuchar. Porque, aunque parezca una paradoja, constituye una verdad importante la de que un elemento de la elocuencia y un índice de cultura reside en la cualidad de saber entrar en silencio para oír la opinión de los demás.

Al lado de la importancia lógica del idioma colocamos la de su claro valor sentimental si se atiende a lo que representa como vehículo de expresión de los fenómenos de nuestro mundo afectivo. El Castellano es un idioma de elevado valor eufónico; posee amplia flexibilidad que le permite un rico registro tanto para las afirmaciones rotundas como para las expresiones de cariño o las declaraciones sonoras y brillantes. Es el lenguaje ideal para la oratoria pero, como medio valioso y de posibilidades increíbles, requiere una suficiente capacidad en aquel que lo utilice. Hay que saber regular el tono de la voz para adecuarlo cabalmente al contenido de aquello que se dice. Expresar con una misma inflexión lo alegre y lo melancólico, lo solemne y lo ligero, lo confidencial y lo trascendente, determina un pecado de monotonía que conspira contra la felicidad de los resultados. Como la variabilidad de la línea melódica, también precisa relacionar el ademán y el gesto con el contenido ideológico de las palabras emitidas en aras de la indispensable armonía entre la forma y el fondo. Capacidad psicológica e intelectual, tono de voz rico en inflexiones, discreción en el ademán y el gesto, son factores que nos llevan a destacar la importancia y el valor de la presencia. Es obvio que no se afecta la comprensión de lo que se escucha de una persona que habla a distancia de nosotros. Pero no deja de ser una indiscutible verdad que más efecto produce, vg., un discurso escuchado a un orador a quien vemos que uno que captamos por las ondas de la radio o que leemos con toda tranquilidad al día siguiente en las frías columnas del periódico. Como el teatro, que tiene recursos escénicos propios, la elocución es una forma expresiva con grandes elementos intrínsecos que explotar.

Además de convencer y de deleitar o conmover, debe constituir el lenguaje hablado una manifestación de la voz,

luntad humana dirigida a la realización de valores en la vida. Poco o nada vale aquel que no tiene el poder de hablar en forma que su palabra incite a la acción. Junto al valor eufónico que sirve para hacerlo grato, el Castellano tiene un amplio vigor que permite que adquiera el carácter de arma que haga posible la unidad de pensamiento y acción. Decía Fouillé que todas las ideas poseen una carga de energía que hace posible su vitalización en el campo de las realidades concretas. Estas ideas-fuerza no son, sin embargo, flores intelectuales cuyo valor reside sólo en el fondo de verdad que representan. En la palabra como medio de agitación espiritual que traza derroteros de acción e incita al trabajo constructivo, palpita el íntegro de la personalidad humana que respalda con el poder de la autoridad moral las ideas emitidas en el lenguaje. El idioma, que es esencialmente expresión, debe reflejar el cuadro total de la vida interior de la persona, que no es únicamente inteligencia, sentimiento y voluntad, sino un complejo estructural con sentido y en el que nada se presenta de manera independiente y aislada.

La disertación en público ofrece características peculiares que la hacen diferente del lenguaje hablado como instrumento cotidiano de vinculación entre las gentes. Mientras que en el diálogo el pensamiento es el fruto de una colaboración puesto que existe siempre en él un juego de complementaciones recíprocas, en el monólogo, que es la forma natural de las exposiciones en público, el orador resulta ser el exclusivo utilizador de la palabra. Esa es la razón por la que debe hablar con un plan íntegramente elaborado de antemano en el que todas las ideas concurren a la demostración de una verdad central que constituye el tema de la disertación o conferencia. Pero, ausente el interlocutor como participante intelectual en el desarrollo del asunto de una charla, existe, sin embargo, un diálogo psicológico entre el orador y su audito-

rio. No es igual hablar frente a un micro para dirigirse a radioescuchas invisibles que hacerlo en una sala repleta de gente que con su presencia física determina una serie de reacciones en el espíritu de la persona que habla. Las clásicas condiciones que se exigen al orador revelan la conciencia o la intuición de ese fuego de influencias mutuas que se plantea entre el que habla y los que escuchan. El orador, por ejemplo, debe ser un sujeto dueño de una capacidad de intuición que le permita ir penetrando en el espíritu del público para descubrir sus impresiones y ofrecerle luego aquello que necesita para su mayor complacencia. Por esa razón no pertenece al género oratorio escrito el sistema de los discursos leídos, tanto porque éstos han sido elaborados en el discreto retiro de un gabinete y fuera del marco de la influencia emocional del auditorio como porque no permite observar el efecto inmediato que las palabras producen ni hace posible la utilización de los recursos personales, que prestan siempre un mayor vigor y elocuencia a las palabras que se emplean. La oratoria es una forma especial de diálogo en el que el orador ejerce una acción influyente mediante el arma de las ideas que expresa mientras que el público con sus reacciones de aprobación o desaprobación, entusiasmo o desagrado, informa rápidamente al orador de los resultados inmediatos que su verbo determina.

Ya como medio útil para el diálogo diario o como instrumento para el monólogo frente a un público que escucha y reacciona de inmediato, el poder del lenguaje hablado le presta un carácter obligante. Todos tienen el deber de manejar bien el precioso instrumento del idioma. Los hombres cultos como las personas poco ilustradas, los de arriba como los de abajo deben saber utilizarlo no sólo como medio ideal de superación por la cultura y como vehículo indispensable para la relación entre los hombres sino hasta como instrumento

práctico de construcción de ventajas materiales en la vida. Todo el mundo admira y sigue al que maneja el idioma con destreza aprovechando inteligentemente sus virtudes; se hace grato, inspira simpatía, despierta irresistible atracción entre las gentes. Conquistemos, pues, este privilegio espiritual esforzándonos cada vez más por dominar y poner a nuestro servicio el instrumento invaluable del idioma.

CARLOS VELIT.



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»
